

los Omniadas de recuperar á lo menos alguna parte del califato. El joven Abderraman que, salvo de la matanza de todos los suyos, habia huido con su padre Mohaviah entre los beduinos y los moros; abandonó esta comarca para arrancar la España del dominio de los Abasidas, cuya omnipotencia no bastó á domeñar al nuevo emir. Edris, hermano de aquel Abdalah que se habia sublevado contra Almanzor; buscó un refugio en Africa, y se hizo adictas algunas tribus de berberiscos que le aclamaron por jefe (785). A su cabeza conquistó Tremecen, y gran parte de la Mauritania oriental, donde comenzó la dinastía de los Edrisitas, independiente de los califas. Su hijo del mismo nombre que él, edificó á Fez (807), á que dió ensanche, acogiendo allí á los fautores de los Omniadas y á los que sucumbían en la lucha de las facciones que desgarraban á España.

**Aglabitas.**—Ibrahim-Ben-Aglab, de la sangre de Ali (v. 790), habia sido encargado por Harun de gobernar á Cairuan y de reprimir á los Edrisitas; pero apenas se hubo adquirido el afecto de sus admiradores, se declaró independiente tanto del califa como del emir de España. Sus sucesores en la nueva ciudad de Tunez extendieron su dominación sobre gran porción del Africa hasta Egipto: hasta llevaron sus armas á Sicilia, sobre la cual pesó su yugo durante más de un siglo.

Los Ben-Merdar, que para sustraerse á los ataques de Almanzor (769), se habian refugiado en las gargantas del Atlas, recuperando vigor, volvieron al Magreb Alaksa, á la estremidad oriental del Africa, y presentándose alternativamente adictos, en la apariencia, al califa ó al emir de España, se mantuvieron en una verdadera independencia.

Habia sido turbada la tranquilidad del Africa por los marabutos, especie de sectarios que creian poder el hombre igualar á la naturaleza de los ángeles y hacerse impecable por medio de una vida austera; que los elementos contienen algo de divino, y que el primer hombre poseyó una ciencia infusa igual á la de Dios. Otros entre ellos, llamados cabalistas, pretendían tener comercio con los ángeles, y se gobernaban con arreglo á estatutos redactados por un tal Beni: otros en fin, llamados sunnakitas, mezclaban la idolatría al islamismo y á las prácticas de los judíos y de los cristianos. Divulgaron sus doctrinas hasta en el país de los negros viviendo como salvajes.

También aparecieron en el centro del Asia nuevos enemigos de los Abasidas: los tártaros kazares

ó turcos orientales se precipitaron desde las comarcas allende del Oxo, sobre Bukara, y destruyeron á Bikend.

**Barmecidas.**—La familia de Barmek, una de las más antiguas de Persia, habia llegado á tan alto grado de privanza cerca de Harun, que habia nombrado á Jafar, uno de sus miembros, su visir, y confiado el gobierno de las principales provincias á Mahomet y á Muza, también pertenecientes á esta familia. Cualquiera que fuese el motivo se convirtió en odio mortal el afecto del califa. Cuando Jafar recibió la orden inesperada de suicidarse, (803) dijo al enviado: *Puede ser que Harun haya dado esta orden; pero también es posible que no estuviera en su cabal juicio. Vuélve, pues, y dile que has ejecutado su mandato, y que mi cabeza está fuera de la tienda. Si se arrepiente seguiré viviendo; sino te aguardo á la puerta del diván.* Habiendo regresado Jeser, dijo á Harun el Justo, que habia dejado fuera la cabeza del visir: *Tráemela para verla,* repuso el califa. Entonces retrocediendo Jeser degolló á aquel que habia empuñado las riendas del imperio y dispuesto del corazón de Harun por espacio de 17 años. *Reconoce,* cantaba un poeta persa, *en la suerte de los Barmecidas los engañosos favores de los reyes, y teme ser dichoso.*

Toda esta familia fué proscrita y se confiscaron sus bienes: hasta se prohibió pronunciar su nombre. El viejo Mondir, uno de aquellos pocos hombres que tienen valor para ser fieles al infortunio, se puso en frente de su palacio desierto, y comenzó á ensalzar sus virtudes. Preso y condenado á muerte pidió por última gracia decir dos palabras al califa. Se le otorgó y se extendió acerca de los servicios de aquella familia; no contento Harun con escucharle sin perder la paciencia, le perdonó y aun le hizo regalos. Pero cuando el califa aguardaba agradecimiento, prosternándose á estilo oriental, el viejo exclamó: *¡Alah, Alah! Este es un nuevo favor que recibo de la familia de los Barmecidas.*

Harun el Justo murió el 25 de marzo de 809, á la edad de cuarenta y ocho años, habiendo reinado veinte y tres. Ya debilitada la monarquía por pérdidas numerosas, recibió de su mano el último golpe, porque la repartió entre sus tres hijos Amin, Al-Mamun y Motasem. Estos hermanos se hicieron la guerra con un odio propio de hermanos: luego, para proveer á la seguridad de sus personas se rodearon con una guardia de turcos que, adquiriendo en breve un poder semejante al de los pretorianos de Roma, prepararon nuevas revoluciones en el imperio del islam.

## CAPÍTULO VII

### LOS ÁRABES EN ESPAÑA.—CALIFATO DE CÓRDOBA.

Por esta época la España, sede de un gobierno árabe independiente, y teatro de una lucha generosa, que no acabó hasta el fin de la Edad Media, pertenece más bien á la historia del Asia que á la de Europa (1). Dejamos á esta península con los reyes godos que la reunían toda entera bajo su dominación y poseían además las fortalezas de Tánger, Arsila y Ceuta. Aunque hacia mucho tiempo que los godos se hallaban establecidos en España, todavía no se habian connaturalizado con los primitivos habitantes. Gran número de judíos, que habian fijado en el país su residencia desde época muy antigua, se quejaban de la intolerancia de los concilios. Como en ellos se trataba á la vez de los asuntos políticos y religiosos, adquirió un poder el clero, que útil en un principio para dulcificar á los vencedores, permitió luego á los sacerdotes abandonarse impunemente á sus vicios y aspirar á la dominación temporal. Hallábanse los reyes embrazados por la aristocracia clerical, y cada nueva elección en este país donde ningun orden se hallaba establecido, ocasionaba disturbios y á veces guerras. Los privilegios del trono iban disminuyendo y se multiplicaban los descontentos.

**Rodrigo, 710.**—Después del reinado cruel de Vitiza, Rodrigo, duque de Córdoba, sacó ventajas á sus rivales y ocupó el trono; pero temiendo los hi-

jos de Vitiza que vengara en ellos las iniquidades paternas, se pusieron en salvo en Ceuta, donde se hallaba de gobernador el conde don Julian, cuñado de Vitiza y hermano de un tal Oppas, á quien Rodrigo habia impedido ser arzobispo de Toledo. Ambos recibieron favorablemente á los huérfanos, y bajo pretexto de restablecerlos en el trono, aspiraron á reclutar parciales en España. Habiéndolos reunido en el monte Calderino, cerca de Consuegra, deliberaron acerca de los medios de llevar á buen término el levantamiento meditado; y como acontece por lo comun en medio de la ceguedad de las facciones, se tuvo por mejor el más desesperado, puesto que se resolvió reclamar la ayuda de los árabes (2).

Julian, según la tradición, fué en busca de Muza, emir del Africa, ofreciéndole entregarle Tánger y ayudarle con sus amigos á conquistar la España. Fácil es de concebir cuánto sonrió á la ambición de Muza semejante conquista; á su fe, la perspectiva de propagar el islamismo en Europa; á su codicia, la adquisición de un país, ya atacado vanamente por los suyos (3); pues como dicen los poetas

(2) El amor de Rodrigo á la Cava, hija del conde don Julian, y la violencia que hubo de hacerle, lo cual provocó la rebelión del conde, es una traición de origen árabe probablemente, conservada después en los romances. En estos se refieren los prodigios que avisaron á Rodrigo de su inminente ruina. Había en Toledo un antiguo edificio, cerrado con barras de hierro desde tiempo inmemorial, y se decía que abrirle debía ser presagio de un gran trastorno en España. Suponiendo Rodrigo que habia de encontrar allí tesoros, lo abrió; pero no halló dentro más que un sepulcro, representando gentes desconocidas hasta entonces, y una inscripción que les anunciaba como conquistadores futuros de España.

(3) Un escritor del siglo X (SEBASTIAN SALMANT, ca-

(1) Véase JOSÉ CONDE.—*Historia de la dominación de los árabes en España.* Madrid, 1820.

VIARDOT, *Historia de los árabes y moros en España,* 1840.

LEMBKE, *Gesch. von Spanien.*

CARDONNE, *Historia de Africa y de España.*

MURPHY.—*History of the Mahometan empire in Spain.* Londres, 1816.

ASCHBACH.—*Gesch. der Omniaden in Spanien.* Frankfurt, 1829.

Y todos los historiadores de España.



árabes: «Aventaja en mucho á todas las regiones conocidas: es la Siria por la suavidad del clima y la pureza del aire; es el Yemen por la fecundidad del terreno; es la India por sus flores y sus aromas; es el Hejaz por los productos de la tierra; es el Catay por sus metales preciosos; es el Aden por sus puertos y sus costas.»

Habiendo autorizado Muza la expedición, confió á Tarik-ben-Zeyad (30 de abril de 711), que se había señalado por su valor en la conquista de Almagreb, doce mil intrépidos guerreros, con los cuales desembarcó en la isla Verde. Después de haber triunfado de la primera resistencia de los godos, se fortificó en aquella posición importante, sobre la roca de Calpe, que á consecuencia de su nombre fué llamada Gibraltar (4). El godo Teodemiro, encargado de guardar aquella costa con la escuadra, pidió pronto socorros á Rodrigo, quien mandó emprender la marcha á la flor de su caballería. Prendió el árabe fuego á sus naves y obligó á los suyos á la victoria con la imposibilidad de la fuga. Teodemiro fué derrotado cuantas veces volvió á la carga, y los estandartes del enemigo esparcieron el espanto por todo el país, mientras el grueso del ejército ocupaba los alrededores de Sidonia y amenazaba á Sevilla. Rodrigo, que peleaba entonces contra los revoltosos gascones, acudió con cuantas tropas pudo allegar para conjurar tan perentorio peligro. Habiendo encontrado á los árabes á las orillas de Guadalete, les dió batalla por espacio de ocho días consecutivos, y acabó por ser muerto en la refriega (26 julio), los suyos emprendieron la fuga y terminó el reinado de los godos.

Tarik dividió en consecuencia su ejército en tres cuerpos, y dirigió uno sobre Córdoba, otro sobre Málaga, y el tercero sobre Toledo. Secundaban los judíos los progresos de los árabes, á la par que habiendo perdido la población indígena el hábito de esgrimir las armas, se sometía sin resistencia. Córdoba fué tomada: Ecija, Málaga, Elvira se sujetaron á pagar el tributo de sangre, es decir el rescate de sus vidas: Toledo (712) obtuvo conservar sus leyes y sus jueces con el libre ejercicio del culto, aunque sin publicidad (5).

pítulo III) cuenta que los árabes intentaron en tiempo de Wamba un desembarco en Algeciras; pero siendo más aguerridos los marinos godos que los suyos, perdieron doscientos setenta y dos bajeles, con todos los hombres que tenían á bordo.

(4) *Gebel-el-Tarik*, monte de Tarik: algunos distinguen á Tarik de Tarif, que guió una primera expedición en el 710.

(5) Dióse á los habitantes de Toledo, sometidos de este modo á los árabes, el nombre de mozárabes, que parecía derivado de *mixti arabibus*. Conservaron la liturgia introducida en el sexto siglo por Isidoro, la que es algo diferente de la de Roma. Otras muchas ciudades de España adoptaron el rito mozárabe, que siguieron hasta el año 1064, época en que fué abolido por las cortes de Barcelona. Otro tanto quisieron hacer los reyes de Castilla, pero se

Halló Tarik en el palacio de los reyes godos inmensos tesoros, las veinte y cinco coronas enriquecidas con pedrerías de los príncipes que habían dominado en España desde Alarico hasta Rodrigo, además una célebre mesa de esmeralda: eso es todo lo que saben encomiar las tradiciones de los árabes. No quiso Muza dejar por más tiempo á otro los laureles y las riquezas de la conquista, y desembarcando con un cuerpo de árabes, de berberiscos y de judíos desterrados, forzó á Sevilla á capitular, y luego á Carmona y otras ciudades. Habiendo penetrado posteriormente en la Lusitania y en el país occidental (*Algarve*), llegó delante de Mérida, y exclamaba acampado bajo aquellos soberbios baluartes: *¡Dichoso el que triunfe de esta ciudad, monumento inmenso de la industria humana!* Se le rindió después de un largo bloqueo (11 de julio), á condición de que cada uno de sus habitantes podría alejarse, dejando en la ciudad armas, caballos y bienes; de que las riquezas de las iglesias pertenecerían á los vencedores; y de que los que se quedaran serían protegidos. Incorporado en Toledo, Muza á Tarik, á quien envidiaba, le destituyó del mando y le hizo cargar de cadenas.

Abd-el-Asiz, llegado de Africa con refuerzos, sometió la Andalucía y entró en el territorio de Murcia (713), donde reinaba como príncipe de los godos Teodemiro, que se había opuesto al desembarco de los árabes. El valor entusiasta de estos le arrancó la victoria, aunque no el denuedo. Habiéndose refugiado en Orihuela, hizo que se vistieran de soldados hasta las mujeres, guarneció de esta suerte los baluartes, donde pasó varias revistas. Creído entonces Abd-el-Asiz de que la guarnición sería más numerosa de lo que realmente era, ofreció condiciones ventajosas, y Teodemiro se dirigió personalmente, sin ser conocido á negociar al campo enemigo. Estipulada la capitulación se dió á conocer; y no solo fué tratado generosamente, sino hasta aplaudido cuando reveló la estratagemata de que se había valido (6).

opuso el clero mozárabe vivamente á ello: el asunto fué, pues, remitido al juicio de Dios. Dos campeones se batieron en palenque cerrado, y quedó vencedor el de los mozárabes. Sin embargo, la liturgia romana prevaleció poco á poco en todas partes, á escepcion de Toledo y Salamanca, donde los mozárabes conservaron algunas iglesias.

(6) He aquí según los autores árabes, cuales fueron las condiciones de la paz.

«En el nombre de Dios clemente y misericordioso, Abd-el-Asiz y Teodemiro, hacen el tratado de paz siguiente, rogando á Dios que lo sancione, y asegure su ejecución.

«Teodemiro conservará sus Estados, y nadie más que él mandará sobre los cristianos que los habitan. Cesa toda guerra entre los naturales y los árabes. No serán tomados como esclavos las mujeres ni los niños, sino que todos conservarán la religión y sus templos.

«Todos los deberes y obligaciones respecto de los vencedores, se reducirán á esta: cada noble pagará un tributo anual de un dinero de oro (de valor de unos 40 reales), cuatro modios de trigo, otros tantos de cebada, de vino

Prosiguiendo Abd-el-Asiz su victoria, ocupó á Jaen, Elvira, Granada, y después á Antequera y Málaga: por último, á toda Andalucía. Habiendo reintegrado una orden del califa á Tarik en el mando, Muza y él se repartieron el cuidado de avasallar á la península. Este se dirigió hácia Levante, en sentido contrario del Tajo: aquel hácia el Norte; volviéronse á reunir á orillas del Ebro: atacaron juntos á Salamanca, obligándole á pagar el tributo de sangre; y separándose entonces de nuevo, continuaron sus conquistas.

Tarik.—Pero no cesando Muza de presentar ante el califa bajo colores desfavorables al generoso Tarik, que sabía ganarse el afecto de los soldados, y acusando Tarik por su parte á Muza de una insaciable codicia, Valid llamó á ambos. Muza volvió como en triunfo, llevando en su séquito treinta mil prisioneros españoles, y llegó á Damasco (diciembre) cuando Valid estaba en los últimos de su vida. Soliman, hermano del moribundo, le envió á decir que no entrara en la ciudad antes de que él hubiera sucedido á Valid en el califato. Su intención era apoderarse así de los inmensos tesoros de que era portador Muza; pero éste no hizo de aquella insinuación caso alguno. Interrogado por el califa acerca de la situación del país y de la guerra, le dijo: *Leones son los godos dentro de sus castillos, águilas á caballo, á pie mujercuelas. Cuando se presenta la ocasión saben aprovecharla; pero si son vencidos, trepan á sus montes como cabras á buscar allí un refugio. Se parecen los berberiscos mucho á los árabes en su fisonomía y en su modo de hacer la guerra: son como nosotros sobrios, pacientes, hospitalarios; pero no hay hombres más pífidos en el mundo. Impetuosos los francos y valientes en el ataque, son inhábiles en el momento de la defensa, y se desalientan de resultados de una derrota. Nunca los han contado nuestros musulmanes antes de acometerlos.*

Soliman hizo pagar bien caro á Muza la desobediencia, porque una vez ascendido al califato, le metió en un calabozo, y le impuso una enorme multa. Entretanto Abd-el-Asiz, su hijo, sometía la Lusitania hasta el Océano, ocupaba á Pamplona y las plazas de los Pirineos, y enviaba al califa pin-

dulce, de miel, de vinagre y de aceite. Los siervos y los subditos pagarán solo la mitad.

«Teodemiro no recibirá en sus Estados á los enemigos del califa: promete serle fiel y advertirle de toda maquinación que llegue á descubrir.

«El presente tratado de paz valdrá para las poblaciones de Orihuela, Valentola, Alicante, Mula, Vacasora, Ota y Lorca.

«Dado el cuarto día de la luna de rajeb, el año 94 de la Egira, en presencia de Otman-ben-Habi-Abda, de Habi-ben-Habi-Obeidah, de Edris-ben-Maicera y de Abul-casim el-Mazeli.»

De los cuatro chaiques signatarios de este tratado, el primero había sido inseparable amigo y compañero de armas de Muza: Habib era el todo de Abd-el-Asiz.

gües riquezas. Temeroso éste de que Abd-el-Asiz y los tres hijos de Muza trataran de vengar á su padre, resolvió deshacerse de ellos. El valeroso Abd-el-Asiz fué degollado en el momento en que oraba (717), y le presentaron la cabeza á su infortunado padre, quien exclamó: *¡Maldito sea de Dios el bárbaro que asesina á quien vale mucho más que él!* y se retiró á lo interior de Arabia, donde murió (718). De este modo fueron premiados los primeros conquistadores de España: enmudece la historia respecto de los traidores que entregaron su patria al extranjero, y solo fábulas cuentan de ellos las tradiciones.

Ayub, sobrino de Muza, fué elegido por los chaiques árabes de España, para continuar las expediciones; pero el nuevo califa Omar II designó en su lugar á El-Aor (Alaor), hijo de Abderraman el-Kaisi, quien pesó sobre los suyos y sobre los naturales por su severidad y codicia.

Pelayo.—Parte de los últimos se habían refugiado en las montañas de Asturias para defender su vida. Envalentonados por encuentros felices, y por el amor de la patria, creyeron en la posibilidad de restaurar el poder de España. Aprovechándose del momento en que el El-Aor hacia una escursión á la Galiá Narbonense, se proporcionaron armas y reunieron á los descontentos, especialmente en Galicia, Leon y Asturias. Tenían á su cabeza á Pelayo, vástago, según se dice, de real estirpe; pero hombre de acción y de consejo, que es lo que importa en las revoluciones, atrevido á la vez y prudente, conocedor perfecto del país, fecundo en expedientes, indomable en la derrota, y no desesperando nunca de la patria ni de su causa. Conociendo lo más conveniente para la defensa y para la guerra de montañas, evitaba las batallas y no acometía al enemigo más que en detalle.

Destacó El-Aor algunas tropas para disipar aquel puñado de rebeldes, á quienes la victoria aun no había valido el título de héroes. Pero retirado Pelayo á la cueva de Santa Maria de Covadonga (718), sobre la cumbre de una montaña que domina un profundo abismo, limpió de moros el valle, y todos los que se atrevían á presentarse, eran aplastados por piedras, estacas, troncos de árboles, por todas las armas, en fin, de que es capaz de echar mano un pueblo resuelto á hacer el último esfuerzo. La posición le dió esperanza, confianza la religión, salud la victoria. Pelayo, después de haber rechazado á los enemigos de la fe y de la patria, estableció entre los suyos aquella disciplina que duplica las fuerzas; y reanimadas muchas ciudades á consecuencia de los primeros triunfos, le ofrecieron obediencia, víveres y brazos.

El-Samah-ben-Melic llegó á relevar á El-Aor, culpable de haber escitado el descontento y de haberse dejado vencer. Mas deseoso el nuevo general de saquear el rico territorio de la Galiá, que de ocupar las rocas cántabras, cruzó los Pirineos y sitió á Tolosa: pero atacado por el duque de



Aquitania, quedó en el campo de batalla, y el ejército debió su salvación a los grandes esfuerzos de Abd el-Rahman, a quien se confirió, desde luego, en recompensa el mando; pero Ambesa, gobernador de Córdoba, lo obtuvo en seguida del emir de Africa, y dió mejor organización a la administración y a los impuestos. Exigió la vigésima parte de las rentas de los que se habían sometido voluntariamente, y la décima parte de los que solo habían cedido a la fuerza. Envió al califa un censo exacto de España, construyó un puente en Córdoba, residencia de los gobernadores árabes, refrenó a los rebeldes, y taló las Galias hasta el Ródano, aunque bajo los muros de Sens murió de resultas de sus graves heridas (723).

Otman-Abu-Neza (Munuza) fué investido acto continuo con el mando, y poco después Odaifa (726); era ya el décimo en tan breve tiempo, sucediéndose con tanta rapidez en España los generales, como los emires en Africa y los califas en Arabia. Con sus vejaciones escitó el sirio Alaitap las quejas del pueblo, lo cual hizo que le exonerara el califa; y fué devuelto el mando a Abd el-Rahman (Abderraman) (728), quien se esforzó a fin de cicatrizar las llagas abiertas por su predecesor y por aliviar al pueblo de todo lo que era opresivo. Enseguida reunió todas sus fuerzas, y habiendo hecho venir otras de Magreb, dirigió una expedición contra la Francia, bajo el mando de Otman-Abu-Neza. Este general, que habia gobernado la península, miraba con envidia a Abderraman, su sucesor. Habiéndose unido, por otra parte, en virtud de un matrimonio, con Eudes, conde de Aquitania, condujo débilmente la guerra, y celebró una larga tregua con los cristianos. Abderraman, con cuyo beneplácito no se habia

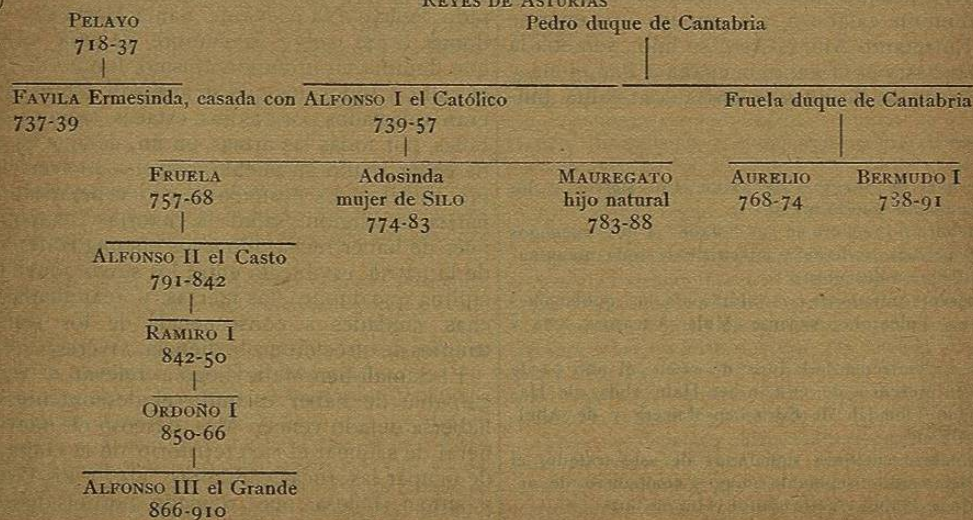
contado, se negó a ratificarla, y dió orden para que aseguraran la persona de Otman, quien viéndose que le daban alcance sus perseguidores, se quitó la vida; su esposa, que era cristiana, fué enviada al harem de Damasco. Despararráronse entonces los árabes por la Galia; y esta provincia hubiera aumentado el número de las conquistas del islamismo, si el valor de Carlos Martel no lo hubiera estorbado.

Habiendo perecido Abderraman en la batalla de Poitiers (732), Abd-el-Melik recibió el mando, con orden de hacer que se levantara toda España en masa, como para una guerra sagrada, y exterminar a la Francia. Pero se habia infiltrado el desaliento en el alma de los árabes y se dejaron vencer. Okba, el nuevo gobernador, perdió un fuerte ejército en la Septimania, y no juzgó prudente aventurar nuevos combates. Severo consigo propio y con los demás, destituyó a los valis y a los alcaldes ó alcaldes (7) que habian abusado del poder. Puso cadis ó jueces en cada capital de provincia, fundó escuelas públicas y erigió mezquitas. Pero habiéndose visto en la precisión de acudir a refrenar a los berberiscos de Africa, se aprovecharon los valis de su ausencia para hacerse independientes, y secundados los asturianos por este desmembramiento, se adelantaron hasta el Duero. Entretanto tuvieron que deplorar la pérdida de Pelayo (737) (8), héroe digno de eterna memoria, porque supo conjurar el peligro cuando todo parecia perdido, y conservar la nacionalidad española.

Alfonso I.—Su hijo Favila compró la paz de los árabes; pero fué muerto, poco después, en la caza por un oso, y tuvo por sucesor a Alfonso (739), su cuñado, que añadió al pequeño reino de Asturias parte de la Galicia y de la Lusitania, con la

(7) Los *valis* son los gobernadores de una provincia ó de una gran ciudad; los *alcaldes* los de un pueblo pequeño, de un fuerte ó de un palacio; los *vasires* son los subgobernadores.

(8)



mitad de Castilla, casi toda Vizcaya y algunos cantones de Navarra. Devastaba las llanuras y obligaba a los cristianos a refugiarse en las montañas.

Este engrandecimiento era favorecido por las continuas sublevaciones del Africa, que no cesaban de llamar a la orilla opuesta a los emires de España; habiendo desembarcado después en la península los restos de un ejército de sirios y de egipcios que acababa de experimentar una derrota, empezaron allí la guerra civil contra el reelegido gobernador Abd-el-Melik, a quien cogieron prisionero y le decapitaron (742). Pero Taalaba y Balei, jefes de esta banda de egipcios y de sirios, se enzarzaron uno contra otro, lo cual permitió a Abd-el-Rhaman, hijo del emir a quien habian muerto, batirlos a ambos (743), y adquirir el sobrenombre de el victorioso (Almanzor). Con objeto de restablecer la tranquilidad en España, repartió a los recién vencidos en terrenos separados, concediéndoles la tercera parte del impuesto que pagaban los naturales. Porque los árabes no habian venido a España como un pueblo solo, sumiso a una sola persona, sino que las diversas tribus se conservaban tambien en la Península divididas, aproximándoles apenas las necesidades de la guerra. Así, la legión de Damasco se estableció en Córdoba, capital de la España musulmana; la de Hems en Sevilla y en Niebla; la de Kinnesvia (Cólquide de Siria) en Jaen, al Sudoeste de Córdoba; la de Palestina, en Medina Sidonia y en Algeciras; la de Persia, en Jerez de la Frontera; la del Yemen, en Toledo y en Huesca; la del Irak, en Granada; la de Egipto, en Murcia y Lisboa; y diez mil ginetes del Hejaz se repartieron las más fértiles tierras de lo interior.

El cisma suscitado en Arabia por los fatimitas, produjo nuevos gérmenes de division en España. Cuando Amrú, que habia llevado a Yezid la cabeza del iman Husein, hijo de Alí, vió prevalecer a los vengadores de éste, se apresuró a salvarse en Africa, desde donde Samail, su sobrino, pasó a España y se hizo jefe del partido egipcio. Así, los yemanes ó sea los árabes, que habian llegado al pais en un principio, tuvieron que pelear contra los sirios, los egipcios, los alabdaros, es decir, los moros ó berberiscos de Africa. Samail recorrió con ellos las provincias, poniendo a contribucion las ciudades que no se sometian voluntariamente. Declaró la caída del emir Hesam (Abul-Kotar), y sublevó a las tropas, haciendo brillar ante sus ojos la esperanza del saqueo, única capaz de seducirlos. Habiéndose apoderado de la persona del emir, le encerró en el fondo de una torre en Córdoba (745); pero algunos amigos fieles hallaron modo de sacarle de su encierro, y recorrió la ciudad proclamando la rebelion. Poco tardó en volver Samail, y habiendo sido muerto Hesam, en una salida, tornó a caer Córdoba en sus manos. Entonces se estableció en Zaragoza, y gobernó el norte de la península, mientras el mediodía obe-

decia a Tueba, hermano de Taalaba, que habia empleado el brazo vencedor de los berberiscos.

La intencion conocida de los dos rivales era mantenerse en el poder, ganando a los valis por la connivencia, y oprimiendo igualmente a cristianos é islamitas. Gemian los mahometanos a consecuencia de esta tirania, pero ¿a donde habian de volver los ojos? Harto daban que hacer al emir de Africa los levantamientos continuos de los berberiscos, y era víctima de la guerra civil la Arabia. En su consecuencia, para poner remedio al mal, se reunieron los más nobles entre los yemanes y los egipcios de España y convinieron en elegir un emir de Africa que, poniendo por obra la prudencia y la fuerza, pudiera terminar tan funestas divisiones. Su eleccion recayó en Yusuf-el-Ferí, de la tribu de los coreichitas, quien reprimió ó logró contentar a los jefes turbulentos. Hizo reparar puentes y caminos, regularizó la reparticion y recaudacion de los impuestos, y dividió el reino en cinco departamentos. Tueba habia muerto: Amer-ben-Amrú, emir del mar y jefe de los alabdaros, habia obtenido a Sevilla; pero habiendo llegado a ser enemigo mortal de Samail, a quien habia tocado en suerte Zaragoza, y no hallándose apoyado por el emir, atizó la guerra civil y se hizo dueño de la ciudad de su rival. Yusuf corrió a las armas, y todo era en España sangre y esterminio.

Aprovecháronse de este incidente los cristianos de Asturias, Alfonso llevó sus conquistas hasta las orillas del Duero, y se aseguró su posesion por medio de una línea de castillos; fortificó igualmente hasta los más mínimos pasos de las montañas, y así mereció el título de grande.

A este tiempo se habia consumado en Arabia la revolucion que hizo pasar el poder de los Omniadas a los Abasidas, y Abul-Abas habia confirmado a Yusuf en el gobierno de España. Pero reunidos en Córdoba cerca de ochenta chaiques, fieles a la familia caída de los Omniadas, y no prometiéndose nada del desgarrado imperio de los califas, ni de los ambiciosos emires que se disputaban el Africa, resolvieron darse ellos mismos un jefe.

Dos sobrinos de Hesam se habian escapado del esterminio de los Omniadas: vivieron respetados por sus tranquilas virtudes en la corte de Abul-Abas hasta el momento en que la envidia les hizo sospechosos a los ojos del califa. Loliman, uno de ellos, fué estrangulado; Abd-el-Rahman, fugitivo entre los beduinos, hizo por largo tiempo vida errante: no creyéndose luego bastante seguro, pasó a Egipto y de allí al Magreb; pero fué descubierto y con gran trabajo pudo libertarse de las pesquisas del gobernador de Burca. Vagó a través de los desiertos hasta el instante en que llegó a Tuhart, principal campamento de la tribu Zeneta, de la cual descendia la madre de Abd-el-Rahman. De consiguiente fué recibido allí como un hermano, prometiéndole todos fidelidad como huéspedes y amigos. Parece que la tranquilidad pastoril no